

NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA.

Et nomen Virginis, Maria.
El nombre de la Virgen era María.
(Luc., I, 27).

Resuelto, señores, á no hablaros nada fuera de las glorias de María, y á ponderaros solamente sus misericordias y excelencias, he determinado huir de aquellos elogios impropios del santo lugar que ocupó, y con que á veces ha pretendido algun orador en iguales circunstancias ensalzar la gloria de su nacion. ¿Qué os parece que adelantaría para vuestra edificacion, único fin que debe proponerse todo orador cristiano? ¿Qué fruto os parece sacaríais vosotros de haberme oído? ¿Conseguiría yo más que entreteneros, desvaneciéndose todos mis discursos como el humo? ¿Lograría otra suerte que la de aquellas nubes que, por venir sumamente altas, las disipa el viento ántes que puedan dar á la tierra el agua que necesita? ¿Sembraría, por último, en vuestros corazones más que un poco de vanidad, cuando no debo pensar en otra cosa que en inflamar más y más vuestra devocion y vuestro agradecimiento?

Pues no, oyentes, no debéis exigir de mí estilo, cosa contraria al motivo que os junta á pagar el tributo de vuestra gratitud á María: debéis, sí, apetecer, que solo os hable de sus glorias y grandeza; debéis solamente desear, que regale vuestros oídos con la suavidad de su dulcísimo Nombre. A la verdad, es este sagrado Nombre tan portentoso y grande, que afirma S. Pedro Crisólogo (1), no ser necesario más que proferirle para dar á conocer la dignidad y mérito de la Virgen. Porque María, en la lengua latina, añade este sábio padre,

(1) S. PETRI CHRYSOL., serm. 142.

es lo mismo que señora y soberana; lo cual siendo así, como lo es en realidad, juzgo yo que el evangelista S. Lucas, refiriéndonos en el evangelio que habeis oído, la célebre embajada que le envió Dios por el ángel, solo se contentó con decir, que el nombre de la Virgen á quien se enviaba era María, para darnos á entender de este modo, que toda otra explicacion era por demás; diciendo el nombre solo es cuanto hay que decir en línea de poder y excelencia, porque no es este divino nombre como aquellos nombres pomposos é hinchados con que los hombres piensan eternizar su memoria en el mundo: no es como aquellos nombres que perecen con sus dueños; aquellos títulos de vanidad y fastuosos, que no teniendo más realidad que en la fantasía de los que se adornan con ellos, se encierran con sus dueños en el sepulcro, y dejan tal vez una memoria abominable. Nó: este divino nombre en nada se parece á aquéllos, sinó que es desemejante cuanto vá de memoria á memoria, esto es, de la memoria que merecen y dejan los terrenos, á la que merece y dejó el suavísimo de María.

Oid, sinó, para admirar más su grandeza y conocer más bien la distancia de él á ellos, á los santos padres, que ellos os harán ver en pocas palabras la futilidad de aquellos nombres y la solidez del que hoy veneramos. *¿Qué nombre, dice el beato Alano (1), se elogia más en el mundo que el de María? ¿Qué nombre es más frecuentemente alabado en la boca de los fieles que el de esta santísima Madre? Vuestro nombre, señora (2), añade S. Juan Damasceno, pronunciado continuamente por los fieles, los sostiene y confirma en la fé que han recibido y abrazado; de tal suerte (3), continua S. German de Constantinopla, que así como nuestros cuerpos dan señal de vida por la respiracion, vuestro nombre, oh santísima Virgen, continuamente exhalado por nuestra boca, no solo dá señal de la vida y alegría espiritual que tenemos, sinó que nos la procura y la concilia: no solo manifiesta que vivimos en Vos y en Jesucristo, sinó que Vos misma nos haceis vivir en una y otro, sosteniéndonos para que no caigamos en la ruina espiritual que causa el pecado.*

¿Qué os parece ahora, hermanos, con tan recomendables testimonios de la grandeza de este divino nombre respecto de los nombres terrenos? ¿Qué juzgais de la hinchazon y vanidad de éstos relativamente á la virtud y poder del santísimo nombre? Decid, habeis

(1) B. ALAN., in cap. I Cantic.

(2) S. JOAN. DAMASCEN. Ode 6, de V. M.

(3) S. GERM. CONSTANTINOPOL., de Laud. V.

oído por ventura otro que, como éste, según S. Antonio de Padua (1), *alegre el corazón, dulcifique la boca y divierta suavemente el oído al escucharle y proferirle?* ¿Habeis notado que ninguno deje una memoria tan agradable, y que, como se explica S. Buenaventura (2), *cause ó produzca con la memoria una imponderable paz de espíritu?* Pues si no le habeis oído, si, por el contrario, habeis notado siempre, que apenas hay ni ha habido otro cuya memoria sea por punto general agradable, siendo la de los más para unos aborrecible, para otros indiferente, á proporción de lo que sirvieron en el mundo los que los llevaron; prestadme vuestra atención, que solo os he de hablar en este rato de este dulcísimo nombre. Esto es, ponderaré en el mismo nombre las glorias de María, procurando encender más y más vuestra devoción con la memoria de sus misericordias. Dividiré este discurso en dos partes, dándoos en cada una bastante materia para que forméis muchas elevadas ideas de este dulcísimo nombre. La primera os pondrá delante *las excelencias del nombre de María*: la segunda *su poder*. En aquella vereis como católicos cuán acreedora es la Virgen santísima á la veneración universal de todo el cristianismo: en ésta vereis puramente como españoles que debeis ser los primeros en tributarle vuestros respetos.

Dadme, Señor, vuestra gracia, extendiendo la liberalidad á todo este auditorio por la intercesión de vuestra santísima Madre: A. M.

Aunque parece que no hay cosa más arbitraria que los nombres, por ser los hombres quienes los imponen, sin otra razón que su voluntad y capricho; con todo eso se conviene generalmente, en que deben de tener cierta relación y proporción con la naturaleza y perfección de las cosas nombradas, que sea como la definición y el elogio de ellas. Deben convenir los nombres con las cualidades de los que los llevan, porque si no sucede así, descubre al instante la impropiedad y se nota la desproporción. La excelencia, la magnificencia y la grandeza del nombre es constante que pide de justicia un héroe á quien le venga naturalmente. El nombre debe ser el compendio de las virtudes que debe tener el sugeto á quien se le impone; pero si faltan éstas, si no hay méritos que le hagan brillar, si no hay otras cualidades que resplandezcan con él, nada supone el nombre, no puede ser compendio de nada, ni tener propiedad ninguna.

(1) S. ANT. PAD., serm. de B. V.

(2) S. BONAV. in Specul. Virg., c. 8.

En una palabra, el nombre debe ser tal, que con solo pronunciarlo diga cuanto hay que decir del sugeto que lo lleva: debe inspirar en los que lo oyen aquel respeto y veneración á que es acreedor el que con él se adorna: debe, en fin, poner de golpe en la idea toda la elevación, todo el mérito del que con él se distingue. Tal debe ser el nombre para que tenga propiedad, y tal es el que hoy veneramos en la Reina de las vírgenes. Nombre, que así como el de Jesús no puede decir más para hacernos formar idea del Hijo de Dios y de todas sus obras, así también el dulcísimo nombre de María no puede decir más para hacérsela formar de su santísima Madre y de todas sus gracias. Nombre, que inspira veneración á los ángeles y á los hombres.

En efecto, habiendo sido escogida la Virgen para poner por obra el mayor designio de Dios, cual era la encarnación de su santísimo Hijo; es indubitable que preparó también á aquella, desde la eternidad, un nombre propio para denotar su superioridad sobre todas las criaturas. Por esta razón juzgo que dijo Isaías (1): *que la nombró ó llamó el Señor con su misma boca*; para darnos á entender, que no fué la casualidad ó el capricho quienes arbitraron sobre la imposición de este suavísimo nombre, sino el Espíritu Santo, que, según el común sentir de los padres y teólogos, se reservó á sí el poder, la elección y el cuidado de nombrar á su esposa en el tiempo que tenía determinado producirla. La nombró pues, hermanos; pero ¿cómo? Con un nombre en todo respetable, santo y augusto como el de Jesucristo. La nombró María, que, según su común interpretación infinitas veces oída por vosotros, quiere decir *mar*, complejo y cúmulo de todas las gracias; pues, del mismo modo que en la admirable obra de la creación, *juntas todas las aguas en un cuerpo las llamó mar*, así también juzgaron los padres y teólogos, que juntando todas las gracias, cualidades, privilegios y preeminencias en esta divina Señora, las llamó María. María, vuelvo á decir, *mar* inmenso de perfecciones, definición propísima de esa amabilísima Madre, pues basta proferir su dulce nombre para dar noticia de todas, hasta de sus mayores cualidades y excelencias. Considerémoslo sino con reflexión y atentamente. En primer lugar, supongo que todos los padres y teólogos convienen, en que este divino nombre denota ó señala la grandeza y dignidad de Madre de Dios con que la adornó el Altísimo. Supongo

(1) ISAI., cap. XL, 26.

tambien, que á esta incomparable dignidad conceden todos inseparablemente unidas aquellas imponderables propiedades de señora y soberana, aquella dominacion sobre todas las criaturas, aquel mando sobre los espíritus angélicos, aquel imperio sobre los demonios, y aquel señorío sobre todos los elementos con que nosotros la concebimos. Oid al más elocuente entre los padres, S. Juan Crisóstomo: *Gran tesoro*, dice, ponderando los nombres que Dios impuso á los antiguos patriarcas, *gran tesoro hay en estos nombres, porque todos ellos contienen hechos memorables é historias de grandes y sublimes acciones; gran tesoro encierran estos nombres, pero no dificultoso de encontrar, porque con solo proferirlos se descubre toda la riqueza en que abundan; gran tesoro contienen estos nombres, sí, porque ¿quién pronunciará el de Abrahán que no perciba su fé y obediencia? ¿Quién el de Isaac, que no vea su religion y conformidad? ¿Quién el de Jacob, que no conozca su fertilidad y promesas? ¿Quién el de José, que no se instruya de su castidad y sabiduría? ¿Quién el de todos los demás patriarcas, que, respectivamente, no halle en cada uno una historia de todas sus cualidades y acciones, un gran número de hechos memorables con que se distinguieron sus vidas? Pues si esto sucede con los nombres de los antiguos patriarcas, siendo el de la Virgen infinitamente más misterioso, ¡cuánto mayor tesoro no contendrá en sí que los de ellos! ¡Con cuánta más propiedad definirá á la Señora que los de Abrahán y los demás patriarcas á los que con ellos se adornaron! ¡Cuán más exacta historia compendiará de sus cualidades, gracias, dignidad y preeminencias! Consideradlo allá vosotros, que yo bien sé que no tendreis mucho que fatigaros en averiguar esta verdad, formando el cotejo de nombre á nombre: por lo que á mí toca, me basta saber, que no hay ni puede haber nombre en el Cielo ni en la tierra, que, despues del de Jesucristo, sea más significativo, más propio, más expresivo, más abundante de misterios que el de esta divina Madre. Por manera, que al leer yo lo que dice el apóstol S. Pablo, escribiendo á los Hebreos (1), de la elevacion de Jesús sobre las más altas inteligencias del Cielo, no dudé aplicar su sentencia al dulcísimo nombre de María respecto del de los antiguos patriarcas; y afirmar, que es tanto más abundante y rico, que contiene *tantos más tesoros é historias de cosas admirables, cuanto los excedió infinitamente en dignidad, gracias y privilegios.**

Vosotros mismos habeis de notar la infinita distancia y la impon-

(1) EPIST. AD HEBR., II.

derable elevacion de este gran nombre sobre todos los demás nombres que pueda recordar vuestra memoria. Reflexionad sinó sobre vosotros mismos, y decidme: ¿qué concepto formais de esta gran Reina, qué ideas, qué sentimientos cuando pronunciais este suavísimo nombre de María? ¡Qué dignidad no os presenta en la imaginacion al proferirle! ¡Qué abundancia de gracias, qué señorío, qué majestad, qué dominio y qué altura al respirarle! ¿Por ventura hay alguno entre vosotros, que luego que articula este suavísimo nombre no forme el concepto de que Ella es la Madre de un Dios, la Señora de todo lo criado, la Reina del Cielo y de la tierra, y la que tiene no solo un natural dominio sobre todas las cosas, sinó sobre el Señor de todas ellas? ¿Por ventura hay alguno, que al pronunciar este dulcísimo nombre no le venga á la idea, que ella fué escogida desde la eternidad entre todas las criaturas posibles, santificada en el vientre de su madre sobre todos los ángeles y santos, y adornada de todas las gracias que puede dar la liberalidad del Criador? ¿Por ventura hay alguno, que no sienta y experimente en sí al oír proferir este suavísimo nombre una alegría y consuelo interior, que le está como diciendo, que ella es su refugio, su amparo, su protectora, su abogada, su medianera y su madre? ¿Por ventura, en fin, hay alguno que, con solo decir *María*, no perciba todo lo sublime, todo lo grande, todo lo excelente que hay en esta amabilísima Reina? Yo bien sé, que no le hay ni le puede haber entre vosotros, pues aunque no ignoro que no es igual la luz en todos, aunque conozco que la fecundidad del espíritu depende principalmente de la lectura, y que de este cultivo serán acaso más entre vosotros los que carecen que los que le han probado; con todo eso, bien sé, que no necesitais vosotros más lectura que el oír este divino nombre para conocer todo lo que es quien le lleva. Bien sé, que heredasteis de vuestros padres una fé tan sólida, que ella misma suple en vosotros, por punto general, la instruccion que pudierais adquirir en los libros. No me atrevo, no obstante, á decir, que nace con vosotros el suavísimo nombre de María con todas sus nociones y predicados; pero diré sin temor, que la piadosa ambicion de vuestros padres, en todo diferente de la de aquellos *que grababan sus nombres en los tiernos arbolillos para que creciesen cuando creciesen sus troncos*, como cantó el poeta, con mejor acuerdo grabó en vuestros tiernos corazones desde la niñez el dulcísimo de María. Sí, oyentes, sí, con mejor acuerdo vuelvo á decir; y de ahí proviene que creciendo con vosotros ese dulcísimo nombre conoceis solo con pronunciarle todos los tesoros que encierra.

Ahora ya no dudo que cuando digo, que el nombre de María es la definición más propia, el elogio más grande, la historia más verdadera de las cualidades y privilegios de esta amabilísima Madre, vosotros no hallareis reparo en creerme; porque á la verdad, ¿qué reparo podreis encontrar á vista de lo que experimentais en vosotros mismos? Sería ofender vuestra religiosa devoción el pensarlo solamente, y más viendo resplandecer en estos sagrados cultos el fuego en que arden vuestros corazones; quiero decir, aquel amor con que los tenéis inflamados hácia esa divina Madre. No es posible, nó, yo lo confieso: es mucha vuestra fé, muy grande vuestra religion, grandísima vuestra piedad para contradecir las excelencias que vosotros mismos encontrais y descubris solo con pronunciar su divino nombre. Los que las contradecirán serán los hijos perversos, de que por nuestros pecados está infestada la tierra. Pero ¿os parece que porque ellos se opongan podrán disminuir un solo ápice del concepto que tienen del nombre de María los verdaderos cristianos? Los verdaderos hijos, los sólidos cristianos conocerán siempre al nombrarla, ú oirla nombrar, que Ella es Madre de Jesucristo, que es su corredentora, que es su consuelo, que es su esperanza, que es su refugio, y que por Ella han de conseguir la felicidad eterna. Habeis visto las excelencias del nombre de María; ahora vereis el poder de ese divino nombre.

Alberto Magno, elogiando el poder del nombre de María: *Si las adversidades, dice, infelicidades y tribulaciones os oprimen, no os aflijais; acudid á María, recurrid á su misericordia é invocad su santísimo nombre.* No os acobardeis, continúa S. Bernardo, ni caigais en desconfianza de vencer las tribulaciones y conflictos: léjos de eso, *en todos vuestros peligros, en todas vuestras angustias, en todas vuestras perplejidades, pensad en María é invocad á María sin apartarla de vuestro corazón y vuestra boca.* No os aflijais, no os acobardeis, *porque siendo Ella aquella hermosa estrella nacida de Jacob, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra en los abismos é ilumina á todo el mundo, hallareis en Ella vuestro remedio solo con invocarla.* Las dificultades más imposibles, las empresas más árdidas y más difíciles, todo cesa al poder del nombre de María. *Hasta la gracia y la misericordia, dice San Anselmo, se suele conseguir más bien invocando el nombre de María que el de Jesucristo;* no porque no sea más respetable sin comparación el santísimo nombre de Jesús, sinó porque se deja captar tanto el Señor, digámoslo así, del amor de su santísima Madre, que no le queda arbitrio para dejar de conceder lo que se pide por su dulcísimo nombre. En fin, no hay poder que pueda contradecir el

dominio de esta gran Señora: no hay poder que pueda resistir á los que la invocan de veras. Ved ahí, oyentes, lo que nos dicen del poder del nombre de María los santos padres. Pues ahora dignaos de acompañarme con vuestra consideración, y os convencereis, que debéis ser los primeros en tributar á esa santísima Madre vuestros respetos. Venid pues conmigo; pero ántes resolveos á dar una vuelta, porque he de ponerlos en las cercanías de Jerez de la Frontera, y sobre las riberas del Guadalete, donde, en 714, castigó Dios los pecados de Witiza y de D. Rodrigo, punto final de la gloriosa sucesión é imperio de los godos, que por más de trescientos años hizo temible y respetable la fama en todo el universo. No pienso fatigaros en este penoso viaje, refiriéndoos el origen de la infeliz catástrofe que voy á enseñaros. Venid conmigo, vuelvo á repetir, que quiero que veais puestos los ejércitos en batalla á las orillas del Guadalete, trabarse á la primera orden y pelear furiosos, unos por la gloria de vencer, otros por defender su libertad. Quiero que veais resplandecer las espadas, vibrar las lanzas, moverse intrépidos los escuadrones, dudar de la victoria, perderla los nuestros, huir y desaparecer para siempre el monarca y quedar el campo por los agarenos. Quiero que veais á éstos llevar desde allí el duro y pesado yugo de la esclavitud é imponerle en todas partes, extender las cadenas de la servidumbre por todo el reino, ejercer su tiranía impunemente en todos los lugares, profanar los templos en todas las provincias, corromper las vírgenes, violar las doncellas, forzar las casadas y llenar de abominación toda la tierra. Quiero que veais..... Pero ¿para qué os he de cubrir el corazón de luto en el día de mayor júbilo de España? ¿Para qué os he de llenar de horror cuando os convido á ver y admirar las misericordias de nuestra divina protectora? Cuando os llevo á que veais el poder de su dulce nombre para que rebose vuestra alegría, ¿por qué os la he de acibarar con la presencia de tantos males? Pero conviene así, para mayor gloria de María y para mayor complacencia vuestra. Dejad ya las riberas del Guadalete y venid á Covadonga, teatro de las maravillas de la Reina del Cielo, á Covadonga, trono de esa divina Madre, desde donde esparce á manos llenas sus misericordias; á Covadonga, sólio escogido por Ella para oír á vuestros padres, y para proveer de allí á su remedio y al de esta católica monarquía: entrad en aquel estrecho recinto; pero ántes preparad vuestra admiración, porque hay allí mucho en que emplearla. Allí vereis, por una parte, apenas mil hombres de débil fuerza, para tan grande empresa como la de sacudir el yugo de la servidum-

bre, alistarse bajo del nombre de esa divina Madre: allí vereis, por otra, un soberbio ejército de agarenos amenazar con la muerte á pocos españoles, contándolos víctimas de sus cimitarras, sin otro trabajo que el de sacarlos fuera de la cueva que les servía de asilo: allí vereis, por otra, rodeados éstos de tribulaciones y conflictos, postrarse é invocar á una voz como los niños en el horno de Babilonia el poderoso nombre de María: allí vereis despertar, digámoslo así, el poder de esa amabilísima Madre, que parecía haberse dormido desde el principio de la fatalidad, á la voz y clamor de sus fieles servidores: allí vereis que vuelve á manifestarles el risueño y alegre semblante, que parecía tenía apartado de ellos, acordándose de sus misericordias pasadas, de nuestras miserias presentes y de nuestras tribulaciones: allí, en fin, vereis, recobrados los ánimos de aquellos religiosísimos españoles con la dulzura del divino nombre que los protegía, salir invocándole desde la cueva, y salir con ellos el horror, el espanto, el miedo y la muerte para los mahometanos.

Todo esto vereis en el estrechísimo recinto de Covadonga; y al ver todo esto, al reparar todo esto, al considerar todo esto, al mirar al eco del nombre de María volverse contra los agarenos sus propias saetas y dardos, desplomarse los montes sobre sus escuadras, sepultar bajo de su mole millares de hombres; al mirar al mismo suavísimo eco apoderarse el terror pánico de los que ántes blasonaban sobre Dios y tomar vergonzosamente la huida; al mirar, finalmente, postrados en el campo de batalla los robustos de Moab, aumentados los ríos con la sangre de sus cuerpos, victoriosos, alentados y libres á nuestros mayores: ¿cuál direis que debe ser nuestro reconocimiento á vista de esta vivísima pintura del dulcísimo nombre de María? Vivid, pues, reconocidos á esa divina Madre sin apartarla de vuestro corazón y vuestra boca, como encarga S. Bernardo. Invocadla en las tribulaciones, en las angustias y en los peligros, para hallarla propicia como nuestros padres: fuera de ellas, para manifestarle vuestro agradecimiento. Invocadla, y os consolará el nombre con la significacion y os asistirá con su poder. Invocadla, que con solo nombrarla, hallareis consuelo y amparo. Heredasteis la fé de vuestros padres; manifestadlo en ser tan religiosos como ellos; y si hasta aquí por ventura fuisteis tibios y descuidados, aún no es tarde, proponed la enmienda, y comenzad desde ahora á ser lo que hasta aquí debíais haber sido.

Si, dulcísima María, por la gloria de vuestro nombre os suplico, que manifesteis su poder sobre la frialdad de nuestro espíritu, para que no padezcamos más descuido en corresponderos como debemos.

Haced sensible, Señora, este poder sobre los enemigos de nuestra nacion para que se perpetúe la paz en este reino católico, ya que á Vos os debe su restablecimiento. Así sea, gran Dios, como el que Vos, por la intercesion de vuestra santísima Madre, nos concedais á todos la felicidad eterna de la gloria.